

*Diagnóstico***Problema de Entropía**

POR LORENZO MEYER

EN física, el término entropía se refiere a la degradación de la energía, es decir a la energía que se desperdicia al no poder convertirse en trabajo por diferencias de temperatura. En mi opinión, se trata de un concepto de la física que puede, con pequeños cambios, trasladarse a la política. Así pues, podemos llamar entropía política a los procesos que llevan a la degradación del poder dentro de un sistema, a su desperdicio. Creo que esto es lo que pasa hoy en México.

El poder político no es un fenómeno que se preste a la cuantificación. Es verdad que cuando nos referimos al poder de compra podemos, tras realizar algunos cálculos complicados, decir que éste ha aumentado o disminuido en un tanto o cuanto por ciento. Sin embargo, una operación similar ya no es posible tratándose del poder político. Con todo, el observador ocasional o el especialista con gran frecuencia afirman —sin cuantificar— que el poder político de un grupo, una clase o un Estado, aumentó, disminuyó o se mantuvo invariable. En fin, es imposible precisar el grado de las variaciones del poder político, pero no el hecho en sí.

★

EN México, muy pocos historiadores dudan que a raíz de la Revolución Mexicana hubo en nuestro país una creación neta de poder, que es justamente el concepto opuesto al de entropía. Voy a abundar en esta idea.

El México de 1940 tenía, en términos generales, los mismos recursos naturales y humanos que el de 1910: en ese período la población aumentó apenas en 4.5 millones de personas, el grueso de la fuerza de trabajo

seguía siendo rural —alrededor de las dos terceras partes— y la composición del producto interno bruto al final del cardenismo no era muy diferente a la que existía cuando don Porfirio se vio forzado a dejar el poder (el sector industrial, por ejemplo, contribuyó con el 21.1% en 1910 y con el 27% en 1940). Lo que realmente era distinto en 1940 respecto al México de

1910 era el poder político. Una política audaz había hecho posible que, prácticamente con los mismos recursos materiales, el poder político del gobierno y de otros actores sociales aumentara notablemente.

El Estado que dejó Cárdenas tenía ya un gobierno que había superado el personalismo del viejo régimen. En 1940 la presidencia, y no el presidente, era el centro del sistema político. Había un partido dominante y éste había disciplinado a la clase política y había institucionalizado la participación de las clases populares, a quienes previamente las grandes centrales obreras y campesinas habían organizado. Las nacionalizaciones habían dado al Estado la capacidad de dirigir el desarrollo de la economía.

Así pues, aunque en su apariencia material el país no había cambiado mucho entre 1910 y 1940, en lo político era muy diferente. Al institucionalizarlo, concretarlo y legitimarlo, la Revolución Mexicana había aumentado no sólo el monto neto de poder en manos de la presidencia, sino también el de casi todas las fuerzas sociales organizadas.

A partir de 1940 la situación se modificó.

El país se transformó enormemente en sus aspectos materiales, pero poco en los políticos. La población se cuadruplicó, al igual que el producto interno bruto. Según los censos, de 1940 a 1980 más de la mitad de la población se volvió urbana y hoy las actividades primarias ocupan uno y no dos tercios de la fuerza de trabajo. Frente a las transformaciones económicas y sociales, en política se llegó a un rellano. El poder que existía se usó para industrializar al país —aunque no de la manera adecuada, según vemos ahora— y nadie se preocupó por poner realmente al día las estructuras políticas, para evitar su degradación o agotamiento, es decir la entropía.

A partir del inicio de la crisis económica, casi todos los actores políticos importantes han perdido poder, y lo que ellos perdieron no lo han ganado otros, al menos no en la misma proporción. La pérdida es neta, la entropía ha empezado a actuar.

Creo que hoy resulta obvio que el actor central del drama político mexica-

EXCELSIOR

1-X-86

no, la institución presidencial, ha perdido fuerza en los últimos cuatro años. Tiene menos capacidad de defenderse de las presiones externas. Sus iniciativas internas no prosperan (la contención de la inflación o la reactivación de la economía, por ejemplo, o se quedan muy lejos de la meta (la renovación moral o la democracia integral). Las grandes organizaciones de masas se han debilitado

(los sindicatos pasan hoy por una de sus peores épocas). Un buen número de las empresas paraestatales se hunden en la ineficiencia o la irrelevancia. La gran burguesía tampoco está particularmente boyante: perdió la banca y algunos grupos muy fuertes en lo pasado —como el de Monterrey— hoy están ahogados por las deudas y otros ven amenazada su existencia por la apertura al mercado externo. Las clases

media y popular han perdido poder de compra. Con excepción del PAN —y eso sólo en el norte— el resto de los partidos políticos han perdido terreno, y todos se han quedado chicos frente a las demandas que imponen los tiempos que corren. No tiene caso seguir con los ejemplos, el cuadro está claro.

Simplificando un poco, pero sólo un poco, se puede asegurar que a partir de 1982 todos los actores